

UN ELEFANTE CAE A LA MISMA VELOCIDAD QUE UNA PLUMA¹

A ella le molesta que hagan tanto ruido los chicos en la calle. No sería necesario, podrían estar allí sin dar voces.

Los primeros llegaron en silencio; no había amanecido, pero ella llevaba horas despierta. Se había amodorrado apenas una hora sentada en el sillón, con una taza de manzanilla en la mano que milagrosamente no se le cayó al suelo. Y cuando despertó, no serían ni las cinco de la mañana, lo primero que hizo fue asomarse a la ventana. Allí estaban ya, diez o doce jóvenes, todos ellos vestidos con ropas oscuras. Parecían tan poca cosa vistos desde arriba, niños abandonados que para protegerse del frío se pegaban unos a otros. Cachorros. Un rebaño que tiritaba.

Los observa un rato, aún sin soltar la taza. Siente el impulso de bajar con un termo de café caliente para todos, pero la idea de tener que aguantar sus miradas y sus palabras amistosas la disuade. En realidad, deberían irse a sus casas. No tenía sentido montar ese espectáculo.

Va a la cocina. Coge la esponja de los cacharros y, sin encender la luz, se pone a limpiar los que han quedado sucios de la cena: un cazo con restos de arroz con tomate, un tenedor, un plato, la taza. Va dejando las cosas en el escurridor con mucho cuidado para que no hagan ruido. No quiere despertar a los vecinos. Hija, hay que ver, si no te viese ni me daría cuenta de que estás ahí, le solía decir su madre, y nunca tuvo claro si era un elogio o una crítica. Como cuando contaba que de niña no lloraba nada; días y noches sin llorar, a veces dabas miedo, le decía.

¹ Título alternativo: *Todo lo que sucede a nuestro alrededor nos sucede a nosotros.*

Se había propuesto limpiar el apartamento de arriba a abajo. La víspera se había ocupado a fondo del baño, incluso eliminó con una mezcla de vinagre y bicarbonato el moho negro que había ido cubriendo las juntas de silicona de la ducha. Lo que no había logrado quitar eran las manchas de humedad en el antepecho de la ventana; podría haber dado una mano de pintura en esas zonas más estropeadas, pero no quería bajar a la ferretería a comprar lo que le hacía falta, no fuera a encontrarse con que no podía volver a entrar. A veces es así: sales y luego ya no te permiten regresar a tu casa, como si estuvieses intentando introducirte en la vivienda de un extraño.

No pasa la aspiradora hasta oír los crujidos del ascensor y los primeros portazos, indicadores de que varios de sus vecinos empiezan a salir al trabajo. Cuando termina de fregar, se asoma otra vez a la ventana. Ya debe de haber unas cuarenta personas abajo y ahora también ellas hacen ruido. No entiende lo que gritan, pero a ratos le parecen hinchas de fútbol animando a su equipo; aunque no comprenda las palabras percibe en ellas un ritmo monótono, y que se repiten varias veces. Un cántico de indios bailando alrededor de una hoguera.

Se deja caer en el sillón con un suspiro que a ella misma le parece exagerado, un suspiro de vieja que quiere llamar la atención. Tampoco había hecho tanto esfuerzo. Había tenido la intención de pasar un paño por encima de los armarios altos, justo entre la parte superior y el techo de la cocina, que es donde más grasa se acumula, pero nadie va a ir a mirar allí. Lo único que pretendía era que no murmurasen sobre ella. La gente busca explicaciones en cualquier tontería y seguro que les habría encantado encontrarse con una casa sucia o desordenada, signos de dejadez, para decir: ¿ves?, después pasa lo que pasa.

Toma la hoja que había puesto unas horas antes sobre la mesita baja, y algo coja, que está junto al sillón, pero ni siquiera hace ademán de leer. Se preguntaba si de verdad habría alguien que entendiese ese lenguaje. Suelta la hoja en el aire. No atraviesa la habitación flotando unos segundos como había esperado, sino que cae al suelo como lo harían un lapicero o un libro. Un elefante y una pluma caen a la misma velocidad si se descuenta el rozamiento del aire. Lo había dicho la profesora de ciencias paseando una mirada que parecía de triunfo por cada uno de los rostros perplejos de los alumnos. ¿De verdad?, había preguntado ella y eso que no era una de esas niñas que levantan continuamente la mano para responder o intervenir en la clase. Pero una pluma es mucho más ligera, insistió. La profesora sonreía como quien oculta un gorrión en la mano y está a punto de mostrarlo. Un elefante y una pluma, cuesta creerlo, ¿verdad, cariño? Pues es así. En el vacío caen a la misma velocidad. Y ella asintió, pero lo cierto es que no lo creía del todo. Era imposible.

El ruido llega hasta ese quinto piso como si se encontrara en el fondo de un pozo, hay una reverberación, un eco que vuelve difícil localizar el origen de las voces, aunque ella sabe de dónde vienen. Son los chicos. Una cosa había que dejarles, la paciencia: podían pasarse allí horas y horas, como si no tuviesen trabajos ni obligaciones ni necesidades fisiológicas. Ya lo habían hecho otras dos veces. Aunque a lo mejor no eran todo el rato los mismos y se iban turnando, desde la ventana era imposible verles la cara y, aunque miraran hacia arriba, estaban demasiado lejos para su vista cansada.

En el dormitorio abre el armario ropero y lo examina. Contiene incluso ropa de cuando era joven y ya no podría ponerse, ropa que nunca ha querido regalar ni tirar, aunque no es muy de conservar cosas. De hecho en los últimos

días ha realizado también limpieza de trastos en los cajones y los ha ido metiendo en bolsas de plástico que tras acabar ha dejado en la acera, apoyadas contra la pared, justo a la entrada del portal. Pero con la ropa es distinto. La ropa le recuerda quién ha sido: las blusas escotadas, los zapatos de tacón alto, los vestidos ajustados. Hubo un tiempo en el que era descarada, en el que se atrevía, en el que podría haber sido no una actriz, pero sí alguien que se parece a una actriz.

Elige un pantalón que no se ha puesto en mucho tiempo. Hace años que dejó de usar pantalones, pero las faldas son todas de corte generoso y teme que si se pone una se le suba y acabe en una situación poco digna. Toma un jersey de lana rojo, por razones que no se atreve del todo a pensar, pero la imagen está de todas formas ahí; es otra manera de elegir la discreción.

En el cuarto de baño se peina, aunque lleva el cabello tan corto que no se nota mucho la diferencia. Descarta sin dudar el maquillaje. Deja el anillo en el borde del lavabo, pero se arrepiente y vuelve a ponérselo, y también una pulsera de plata y el único collar valioso que posee aunque algo le dice que es una coquetería completamente fuera de lugar. En el salón vuelve a echar un vistazo a su alrededor. Los últimos sobres del banco, sobre la misma mesita en la que estaba la hoja incomprensible (no, no es verdad, sabe lo que dice aunque no sepa leerlo), va a dejarlos sin abrir. La mañana anterior los había ordenado por la fecha del matasellos, con la misma atención con la que de niña hacía una fila con sus lápices de colores, decidiendo en qué posición debía ir cada uno, que nunca era la misma que en la imagen de la caja de pinturas.

Abajo los chicos han cesado en su canturreo. Después de un momento de silencio se oyen gritos desordenados que van subiendo de volumen y parecen salir de cada vez más gargantas. A lo mejor no son solo las voces de ellos. Se

acuerda de que había querido echar polvos contra las cucarachas, pero se ha quedado sin fuerzas para cumplir una tarea más. Ya ha hecho bastante. Escucha un rato el alboroto sin acabar de decidirse.

Suspira otra vez ante lo irremediable y se levanta con esfuerzo. Quisiera sentir más ligereza, encontrarse en paz, satisfecha incluso. Pero lo que siente es un pitido en los oídos y la tensión en el estómago. Se asoma a la calle con la frente apoyada contra el cristal. Le parece increíble que toda esa gente esté ahí por ella. Venga, marchaos, dice en voz baja, dirigiéndose solo a los chicos. Los otros harán su trabajo, les pagan por ello y no se les puede criticar ni exigir otra cosa. ¿Se están peleando? Qué tontos. Si nada es como uno piensa que es. Si las cosas en las que crees van cambiando con el tiempo. La vida hace añicos las certezas. Desde niña le había pasado, que cuando le parecía que todo iba por el buen camino empezaba a desmoronarse. Un elefante y una pluma. Quién lo iba a decir. Aún le cuesta aceptarlo. Hay cosas que si las imaginas resultan ridículas, aunque sean verdad. Contiene algo que podría haber sido un hipo o un sollozo. No puede retrasarlo más. Si se descuida, van a subir antes de que se haya decidido, y eso no, de ninguna manera. No se oyen pasos en el descansillo, pero de todas formas no tiene sentido esperar. Echa un último vistazo al salón. Por una vez no le molesta el despilfarro de dejarse la luz encendida. Vamos, dice, hazlo ya. Se pregunta si los sobres saldrán volando con la corriente y flotaran junto a ella, pero no se vuelve a comprobarlo cuando abre la ventana.

José Ovejero, *Mientras estamos muertos*, Páginas de Espuma, Madrid, 2022.